

a cobrar los primeros dividendos. Algunos reconocen que, si el tanto por ciento de los que reclaman es muy elevado se produciría una debacle financiera, pues no tendrían recursos suficientes para hacer frente a esa demanda.

Se calcula que más del 50% de los ciudadanos optará por comprar sus acciones a través de los fondos establecidos, algunos de los cuales están respaldados por los más importantes bancos del país.

En este punto se produce una de las más importantes objeciones al método. Algunos argumentan que estos fondos desvirtúan el espíritu de la ley de privatización, que era hacer propietarios a los simples ciudadanos. ¿Qué capitales se mueven detrás de estos fondos que han proliferado y se gastan sumas fabulosas en la publicidad? Los ciudadanos, dicen los detractores, son despojados en la práctica de su libreta de cupones y las acciones pasan a manos de especuladores, que han podido obtener información sobre las inversiones más rentables. El gran capital (en muchos casos del extranjero) se apoderará de las mejores empresas, comprando las acciones a los ciudadanos.

Por lo pronto, al joven Kozeny no podrán acusarlo de hipócrita. Cuando un diario le preguntó si había regresado a Checoslovaquia para ayudar a establecer el nuevo sistema de la economía de mercado, respondió: «Sería muy generoso decir eso. Pero yo no soy un hombre que hago obras de caridad. Regreso por razones profesionales. Los hombres de negocio somos oportunistas y Checoslovaquia ofrece las mejores perspectivas en estos momentos para hacer negocios».

Así andan las cosas. El mapa de este país centro europeo es ahora un gigantesco tablero de «Monopolio». Sólo que los jugadores no solo compran o venden casas y hoteles. Aquí están a la venta todas las principales industrias del país. ■

Miguel Rivero Lozano es periodista y Secretario General de la Unión de Periodistas. Reside en Praga.

Ante la próxima Reunión de Madrid

Razón y sentido de las cumbres Iberoamericanas

Por Salvador Bermúdez de Castro

LA II Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, que ha de celebrarse en Madrid en julio, vuelve a poner de actualidad el debate sobre la realidad y contenido, presente y potencial, de la Comunidad Iberoamericana. La discusión en torno a ella suele discurrir con frecuencia por cauces pasionales —como es por demás habitual entre nosotros—, haciendo a menudo difícil o imposible la reflexión sosegada de un fenómeno que es, de hecho, patente e indiscutible: el de la existencia de un crecidísimo número de millones de seres humanos capaces de entenderse en dos lenguas ibéricas y que comparten, sean o no conscientes de ello, un amplio y básico sustrato cultural.

Por invertebrada que pueda parecer hoy su virtualidad en muchos aspectos, no es discutible que esa realidad evidencia, por sí misma, la existencia de una comunidad claramente perfilada y diferenciada de las demás que en el mundo son y como tales se reconocen. Un andaluz o un catalán se entienden sin trabas con sus congéneres americanos desde el río Bravo hasta Tierra del Fuego, gracias a un idioma compartido, al igual que un estudiante de Coimbra o un comerciante de Guarda lo hacen con cualquiera a lo largo del Brasil por idéntica razón; así como, unos y otros logran entre sí —a poco que pongan de sí mismos— una estimable

comunicación, sin las grandes dificultades o la imposibilidad que aquejan a otros intercambios.

Culturalmente valorada, una realidad de esa naturaleza tiene una significación de enorme relevancia, sea cual fuere la perspectiva que se tome para ponderarla. Ser parte de una «comunidad» lingüística de esas dimensiones y potencialidades, originada en el hontanar de la civilización occidental y convertida, con el tiempo, en uno de los flujos creativos más fecundos y universales, constituye, como circunstancia, un singular privilegio para cuantos tenemos la suerte de estar inmersos en ella.

A la luz de los recursos naturales y humanos de los que esa «comunidad» dispone, del flujo civilizador en el que se sustenta y de la vitalidad que en otro tiempo mostró, obligado es comprobar que no ha desarrollado el abanico de posibilidades que potencialmente alberga

Desafío de futuro

Sentado lo cual, justo es sin embargo reconocer que, por razones históricas —más próximas que lejanas, y que no hacen aquí al caso—, los alcances económicos y políticos de esa «comunidad», y por consiguiente también en parte los culturales, no han tenido la proyección y el influjo a los que se podía legítimamente aspirar. A la luz de los recursos naturales y humanos de los que esa «comunidad» dispone, del flujo civilizador en el que se sustenta y de la vitalidad que en otro tiempo mostró, obligado es comprobar que no ha desarrollado el abanico de posibilidades que potencialmente

alberga. Esa evidencia se yergue, a la vez, como inculcación colectiva y como desafío de futuro.

Con todo, resulta claro y notorio que esa falencia histórica es superable. Ejemplos no faltan. Todos ellos se lograron a través de la dinamización del conjunto social, generalizando los objetivos que se ambicionan: en buena cuenta, la toma de conciencia colectiva del desafío y la voluntad de asumirlo. Al hablar de la «Comunidad Iberoamericana» —hecho cada vez más frecuente, si bien posiblemente con poca claridad conceptual— se apela, precisamente, al contenido implícito en tal desafío: la recuperación de un adecuado protagonismo colectivo en el concierto mundial, mediante la incentivación de una acción concertada y, en su caso, integradora.

A no dudarlo, se trata de una realidad flexible. Para sus miembros americanos supone, limpia y llanamente, un empeño insoslayable; quiéranlo o no. En la era de los grandes bloques económicos, el conocido «sueño bolivariano» se impone como solución sin alternativa. La integración se presenta hoy como único destino.

Para España y Portugal, en cambio, aunque miembros de esa Comunidad por razones históricas, culturales y de idiosincrasia, su papel tiene perfiles especiales, como es bien sabido. La contigüedad geográfica impone actualmente unos condicionamientos a la integración regional que las afinidades tradicionales no pueden desvirtuar. En consecuencia, su desempeño comunitario, en este caso ha de contemplar fórmulas de participación limitada: p. e., el apoyo, desde fuera, a los procesos americanos de integración; la promoción de sus intereses ante terceros y, en especial, ante la CE; la participación abierta en programas de fomento y cooperación; etc., etc. Hemos de prever además que, esta manera menos plena de estar activamente presentes, tendrá, cada vez más, una importancia singular en la interrelación de los bloques económicos y, por ende, no hemos de perder de vista, unos y otros, que nuestros dispares



empeños han de redundar directamente en beneficio mutuo.

I Cumbre de países Iberoamericanos. Guadalajara (México).

Consolidación

Nos importa a todos, por consiguiente, el fortalecimiento y la consolidación efectiva de esa Comunidad Iberoamericana. Y son muchas y complementarias las formas en que cabe contribuir a ese objetivo. Desde la base, la multiplicidad de las acciones posibles es patente: los medios de comunicación de masas pueden ir ampliando, de manera creciente, la conciencia popular de su necesidad, como erráticamente ya lo vienen haciendo; se pueden incrementar, igualmente, los contactos y las reuniones profesionales y académicas; se podrían interrelacionar las instituciones, más allá de lo que ya lo hacen, homologando sus organizaciones y procedimientos y poniendo en común conocimientos y experiencias. Queda, sin duda, un largo etcétera como reto a la imaginación. De lo que se trata, en la práctica, es de extender una tupida red de intereses comunes en los más diversos campos; de extenderla, no de crearla, puesto que la

Para España y Portugal, en cambio, aunque miembros de esa Comunidad por razones históricas, culturales y de idiosincrasia, su papel tiene perfiles especiales

operación ya está en marcha desde hace tiempo.

El impulso ha de darse asimismo desde arriba. A los gobiernos, por definición, les incumbe la responsabilidad de identificar las oportunidades históricas y de promover las que en cada momento se brindan a la ciudadanía. La Comunidad Iberoamericana quedó claramente expuesta y definida como tal en la I Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, reunida el año pasado en la ciudad mexicana de Guadalajara. A quien haya analizado la declaración que allí se suscribió, no le pueden caber dudas sobre la intención colectiva que la inspira y la finalidad que a través de ella se procura. A todas luces, fue un momento singular, en cuanto vino a proclamar, con toda la inusual solemnidad que demandan los hitos históricos, una orientación de futuro a los intereses de toda una Comunidad.

Significado

Ese —y no otro— es el verdadero y hondo significado de estas «Cumbres». Como correspondía,

la de Guadalajara fue esencialmente declarativa y, en ella, se decidió su periodicidad anual. A partir de la próxima de Madrid, el desafío —nada despreciable, habida cuenta de nuestra idiosincrasia colectiva— es pasar del plano declarativo al de los programas concretos; y, eventualmente, al de las realizaciones. Es un desafío que habrá de asumir exagerando las dosis de realismo y, por lo tanto, recortando minuciosamente el vuelo, en exceso habitual, de la fantasía.

Con ese logro, quedará cumplido el propósito que de origen, se quiso como motivo primordial de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento: la proyección hacia el futuro de la Comunidad Iberoamericana y el alcance del peso específico que en el concierto mundial debe llegar a tener. Todo lo demás es acaso significativo, pero accesorio.

Por último, séame permitida una reflexión final sobre la importancia del papel de España y Portugal en el seno de esa Comunidad. A ese respecto, hay que insistir en que tenemos a la vista un mundo conformado por grandes bloques económicos, en competencia entre sí, por más interdependientes que queramos figurarnoslos. El diálogo de bloque a bloque, supuesto imprescindible, no siempre será fácil. Es, ése, un hecho previsible, con la certidumbre inherente a cuanto nos muestra la condición humana. Serán cruciales, por lo tanto, para unos y otros, cuantos factores puedan facilitar e incentivar vías de entendimiento. Constituirá una responsabilidad constructiva, digno colofón a una andadura histórica como la de portugueses y españoles. Nuestro peso respectivo, en las dos «Comunidades» a las que pertenecemos, será en parte una resultante de ese comprometido desempeño. Y, para acertar, el requisito primordial es tener una noción clara y consensuada del servicio que podemos prestar, en nuestro propio interés tanto como en el de los demás. ■

Salvador Bermúdez de Castro es embajador de España en Uruguay.

Sigue la polémica

Una vez más ¿Descubrimiento o Encuentro? y van...

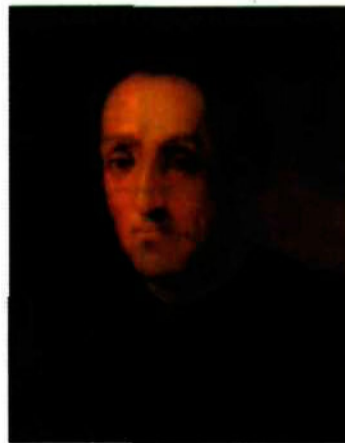
Por Julio Strassera

SE me manda escribir sobre «El Descubrimiento o Encuentro de 1492». Que en mi vida me he visto en tal aprieto, aunque el mandato no provenga de Violante sino de Luis Miguel Enciso —cuya aversión por el autoritarismo es casi emblemática— ni sea un soneto la encomienda, lo cual, dicho sea de paso quizá me resultase más hacedero, habida cuenta que el soneto es el género poético con el que más fácil resulta fingir talento.

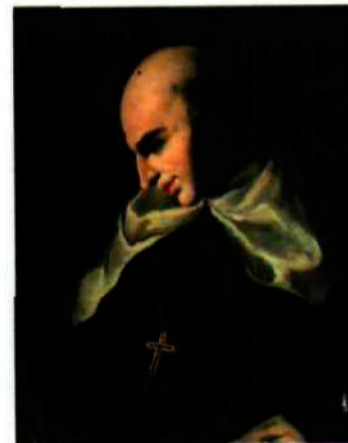
Pero no; ésa es tarea para historiadores. Jurista como soy, y por una contingencia histórica definitivamente liado a cuanto se refiere a la defensa de los derechos humanos (aspecto éste que ha hecho correr y gastar demasiada tinta con motivo de este Quinto Centenario), me veo en una encrucijada sin acertar con el camino a emprender porque como en el cuento, pareciera que los pájaros se han comido las migas de pan que prolijamente he ido tirando en el transcurso de mi historia.

¿Qué hacer entonces?... intentaré un artículo a partir de la fantasía y la aventura (que lo mejor que tenemos en la madurez es lo que nos queda de niños), que sirva de apoyatura a polémicas conclusiones políticas y toque, bien que tangencialmente, la cuestión de los derechos humanos.

Dejemos pues en paz los infolios y los Archivos de Indias y vaguemos un poco con la imaginación, a la manera en que lo



Cristóbal Colón y Bartolomé de las Casas.



El Descubrimiento es la culminación de la empresa más extraordinaria y heroica en la historia de la Humanidad

hacia el peregrino de la estrella de Jack London, que encorsetado y en la cárcel recorría las galaxias.

Cuando caminé por primera vez la maravillosa tierra extremeña no fue, al menos en la primera impresión, el teatro romano ni el museo de Mérida lo que despertó mis emociones, sino el espíritu del descubrimiento y conquista, adherido cual la hiedra a los muros de sus edificios.

El Nuevo Mundo

Y digo descubrimiento deliberadamente para no jugar con las palabras; para no obviar la expresión justa porque puede herir cierta susceptibilidad exacerbada por un anticientífico nacionalismo, recurriendo a circunloquios con los que a la postre se quiere decir lo mismo.

Un nacionalismo torpe, que ha llevado a algunos a buscar con